

# PASA BUENOS AIRES, QUEDA LA TARDE, BORGES Y LA AUSENCIA

David Navarro Mejía\*

*El presente texto fue leído por el autor para un conversatorio sobre Borges organizado en la Facultad Tecnológica de la Universidad Distrital. Esas palabras se dijeron teniendo en cuenta básicamente la obra poética del escritor. Y el autor lo hizo, como él mismo lo plantea, sólo para alentar la conversación. No obstante por considerar de interés lo que allí expresa, a propósito del centenario del nacimiento de Jorge Luis Borges, se ha creído útil publicar tal y como fue presentado el texto, es decir; con un tono y un estilo que propiciara el conversatorio que se organizaba.*

e ha escrito tanto sobre Borges que casi nada nuevo se puede expresar de él. Y tampoco lo diré yo acá, pues estas palabras sólo buscan propiciar el regreso al prodigio por las cosas elementales que nos sustentan, por aquello familiar que, visto desde otra perspectiva, sigue provocando el asombro y la reconciliación con nuestra breve humanidad. He querido detenerme solo en algunos recodos de la poesía del escritor. Lo he hecho simplemente por capricho, porque es lo que más me gusta de él, y porque de la literatura y el arte es lo que más me conmueve. Así pues, estas palabras las diré sin pretensión crítica pero intentando que no desmerezcan de lejos, el sentimiento y la emoción que puso este argentino universal en cada verso que escribió, en cada historia que narró. Y también, en cada idea que aventuró.

Empezaré diciendo que Borges fue uno de los primeros en registrar el mundo urbano en la literatura de este siglo. Allí le vemos cantándole a la ciudad que más quiso: Buenos Aires. En sus libros de poemas podemos apreciar la geografía sentimental de su Buenos Aires querido, para decirlo con palabras de Gardel. En esos bellos textos están instantes perdurables, calles, arrabales, pórticos y, sobre todo, un infinito amor por la ciudad, un sentimiento de congoja y de alegría, un aire taciturno de quien camina no por un ejercicio natural sino con la delectación de quien sabe apreciar una puesta de sol al caer la tarde, o quién lo hace para descubrir aquella tienda que siempre esta allí y que de repente le resulta algo revelador para los ojos y el espíritu; en fin, en esos poemas están aquellas cosas que de tanto estar ahí se nos olvida su existencia. Nombrando a Buenos Aires dice lo siguiente:

---

\*Licenciado en Lingüística y literatura

## Imágenes

*Antes, yo te buscada en tus confines que lindan con la tarde y la llanura y en la verja que guarda una frescura antigua de cedrones y jazmines (...) Ahora estás en mí. Eres mi vaga suerte, esas cosas que la muerte apaga.*

En otro texto expresa,

*Y la ciudad, ahora, es como un plano de mis humillaciones y fracasos; desde esa puerta he visto los ocasos y ante ese mármol he aguardado en vano.(...)  
No nos une el amor sino el espanto; será por eso que la quiero tanto.*

Su ciudad natal es como una sombra permanente que lo acompaña, es como ese otro espejo que le devuelve esta vez una imagen vivida de su experiencia más esencial, no aquella que le aterra en el usual reflejo de los espejos, esos de los que también están poblados sus poemas y a los que escribiera con el pánico que se acercan los niños cuando presienten algún peligro. Pero también el Buenos Aires visto como laberinto, esa otra palabra -amuleto sobre la que se han detenido innumerables estudiosos de su obra y sobre lo que nunca quizá hallarán algún supuesto secreto guardado.

Por Buenos Aires, habita también el orillero que lleva en sus labios una melodía de arrabal, esa figura mitológica de su poesía, ese mundo donde la picaresca que llevamos dentro encuentra un ramalazo de luz en los versos del poeta, y un mundo de imágenes donde lo que convencionalmente entendemos como malvado y feo encuentra un cuadro de expresión estética para que no olvidemos que existe. Escuchemos la melodía de Nicanor Paredes:

*Venga un rasgueo y ahora,  
con el permiso de ustedes, le  
estoy cantando, señores, a don  
Nicanor Paredes. (...)*

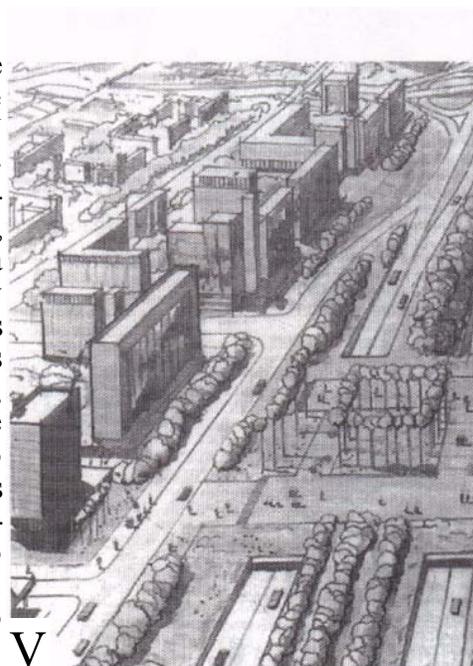
*El bigote un poco gris  
Pero en los ojos el brillo  
y cerca del corazón el  
bultito del cuchillo.*

*El cuchillo de la muerte de la que  
no le gustaba hablar; alguna  
desgracia De cuadreras o de  
taba.(...)*

*Cuando entre esa gente mala se  
armaba algún entrevero él lo  
paraba de golpe, de un grito o con  
el talero.(...)*

*Ahora está muerto y con él cuánta  
memoria se apaga de aquel  
Palermo perdido del baldío y de la*

Pero el poeta no para de mostrar su pedazo de tierra más querida. Y entonces emergen gigantes las cosas elementales: una verja, un jardín, una rosa, una plaza, una calle. Allí se detiene y dibuja con trazos que nos evocan nuestros lugares más íntimos y amados, aquello que constituye quizás nuestro único tesoro, pero que tenemos abandonado porque pensamos que siempre lo tendremos a la mano. Aquí, éste recuperado retrato de un barrio:



*Nadie vio la hermosura de las  
calles  
hasta que pavoroso en clamor  
se derrumbó el cielo verdense  
en abatimiento de agua y de sombra.  
El temporal fue unánime  
y aborrecible a las miradas fue el mundo,  
pero cuando un arco bendijo  
con los colores del perdón la tarde,  
y un olor a tierra mojada  
alentó los jardines,  
nos echamos a caminar por las calles  
como recuperada heredad,  
y en los cristales hubo generosidades del sol  
y en las hojas lucientes  
dijo su trémula inmortalidad el estío.*



Hasta aquí un trazo muy tenue, débil y parcial del Buenos Aires que veo en Borges. Hay, por otra parte, ciertas palabras que se convierten en huellas y marcas en la escritura poética. Así nos acontece a todos en el habla común también. Tenemos cierta predilección por el uso de algunos vocablos y emergen desde una fuerza recóndita para mostrar buena parte de nuestro rostro e identidad. En Borges creo que no es aventurado registrar algo parecido. Y sí se trata de develar en él esas palabras, a mi no me cabe duda, que algunas de esas palabras son sombras, caoba, rosas, jardín. Y sobre todo, la palabra tarde. Esta palabra en el poeta se convierte en un emblema y en una suerte de acertijo. De ella se escucha el eco de un misterio, de algo remoto que asoma en los labios del bardo para manifestar lo cálido, ella es una metáfora, pero también es luz y crepúsculo, es fuente de penas y alegrías, de renacimiento y muerte, así como simple palabra puesta en el poema.

*(...) En el incierto ocaso  
la tarde mutilada  
fue unos pobres colores.*

Esas horas del día, la tarde, parece también sentir y dolerle las cosas naturales como ella misma:

*(...) El poniente que no se cicatriza  
aún le duele a la tarde. (...)*

Pero también la tarde como ausencia. La tarde será entonces estela y sendero que delinera aquella despedida que a todos nos quitó el aliento y oprimió el pecho, que socavó el adiós y que vieron los labios en la desnuda intimidad de los besos, tarde que testificó el abrazo inútil, pero que dura vivida como un sueño entre las otras tardes, porque algo amado se nos fue:

*Entre mi amor y yo han de levantarse  
trescientas noches como trescientas paredes y el  
mar será una magia entre nosotros.*

*No habrá sino recuerdos. Oh tardes  
merecidas por la pena, noches  
esperanzadas de mirarte, campos de  
mi camino, firmamento*

*que estoy viendo y perdiendo... Definitiva  
como un mármol entristecerá tu ausencia  
otras tardes.*

En fin, tarde como palabra-sombra que le acompaña al poeta. Por eso, sin conocerlo, no resulta incierto que le vimos pasear en las tardes, en esa franja del día que amaba y que plasmó una y otra vez en sus poemas. El poeta recordó seguramente en más de una ocasión la imagen de la ausencia aromada con esas luces que en colores indefinibles prefiguran el poema. Jamás, a lo mejor, quiso escribir el texto que le ahuyentara de esos fantasmas amorosos que

*(...) Desde que te alejaste  
cuántos lugares se han tornado vanos  
y sin sentido, iguales  
a luces del día.  
Tardes que fueron nicho de tu imagen,  
Músicas en que siempre me aguardabas,  
Palabras de aquel tiempo,  
Yo tendré que quebrarlas con mis manos (...)*

Y llegamos nuevamente a Borges, el poeta, el hombre. Él que al término de su vida expresó que le hubiera gustado comer más helados y viajar más y conocer otros lugares. El poeta que lo mejor que tuvo y creo que tiene, fue la virtud, como otros, *de curar con palabras/lo que no puede cualquiera/*.

tante en la poesía era sentirla, y que nos acecha la belleza, la belleza de la poesía. Yo aspiro que estas palabras al poeta que cumple el 24 de agosto su primer centenario de nacido, tangán algo de esa belleza que él apreciara en la poesía, que en algo halla podido retratar ese sentimiento que produce leerlo y que seguramente él, como en la canción de Fiero, viendo pasar y pasar a su Buenos Aires, tejió y tejió, para legarnos por lo menos un verso perdurable. Vaya pues este texto, que a manera de rosa en su tumba, yo he querido leerles hoy para alentar esta conversación.

***Hay (...) ciertas palabras  
que se convierten en huellas  
y marcas en la escritura poética.  
Así nos acontece a todos  
en el habla común también.  
Tenemos cierta predilección  
por el uso de algunos vocablos  
y emergen desde una fuerza  
recóndita para mostrar buena  
parte de nuestro rostro  
e identidad.***

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

---

1. BORGES, Jorge Luis. Obra poética completa. Buenos Aires: Emecé, 1995.
2. BORGES, Jorge Luis. Siete Noches. México, D.F.: FCE, 1980.
3. BARNATAN, Marcos-Ricardo. Borges. Biografía total. Madrid: temas de hoy, 1995.